

# *Aguas aéreas* Paseos con Juan Ramón Jiménez

David Huerta

Juan Ramón Jiménez se parece al gran puente descrito por José Lezama Lima en un poema de *Enemigo rumor*; un puente tan grande, y tanto, luciente y dueño de este efecto extraordinario: no se le ve, es un puente invisible.

Los sedicentes lectores modernos solemos perder de vista, continuamente, para nuestra desgracia, a Juan Ramón, ese inmenso puente de la poesía moderna. Hacen falta lectores y editores consumados para combatir esa anomia literaria, esa ceguera ante el clasicismo, pues todo lo de Juan Ramón tiene esa aura, está como nimbado por la fuerza de perduración de los clásicos, tiene la diafanidad de un objeto *resistente al tiempo*. José Lezama Lima, a quien algunos admiradores y seguidores llamamos “Lince de Trocadero”, por el nombre de la calle donde estaba su casa — aún está allí, medio ruinoso, en La Habana Vieja—, escribió y habló con elocuencia de esa resistencia a las erosiones del tiempo, rasgo central o cardinal de la poesía. Lezama Lima forma con el andaluz una especie de emblema doble o cifra esencial de nuestra poesía.

Entre los buenos lectores de Juan Ramón Jiménez, evoco aquí al escritor sudafricano J.M. Coetzee, autor del mejor comentario leído por mí sobre *Platemy jo*; entre los editores meritísimos, cuento en primer lugar al poeta Alfonso Alegre Heitzmann, a quien debemos —en colaboración con Victoria Pradilla— los mejores rescates imaginables del orbe escritural de Juan Ramón: el inmenso epistolario y un nutrido e interesantísimo expediente sobre el Premio Nobel de Literatura discernido en favor del visionario de Moguer en el año 1956.

Estos trabajos admirables fueron publicados por la Residencia de Estudiantes en Madrid en años recientes, en volúmenes impecablemente ejecutados desde cualquier punto de vista. Tengo presente, por supuesto, el número de la revista *Rosa cúbica* (invierno de 1989-1990), revista dirigida por Alegre Heitzmann, dedicado enteramente a Juan Ramón, referencia inevitable de la crítica juanramoniana en los tiempos recientes y suerte de hermosa monografía portátil; lleva esa entrega de *Rosa cúbica* el título de “Tercero mar”, frase de *Animal de fondo* alusiva al viaje trasatlántico de Juan Ramón en 1948.

\*\*\*

Como los puentes, como el gran puente de Lezama Lima —interlocutor intempestivo de Juan Ramón en la ciudad de La Habana, en la década de los años treinta—, Jiménez unió riberas diversas: la poesía del siglo XIX con la poesía del siglo XX, entre otras vinculaciones. El hecho puede documentarse ampliamente; pero aquí solamente pongo de resalto cómo Juan Ramón fue capaz de unir, por medio de su persona y de su pensamiento, a Rubén Darío con Ezra Pound. La deuda rubeniana con Juan Ramón está presente en la factura final de los *Cantos de vida y esperanza*, según dice la leyenda; de la intensa amistad, sobre todo epistolar, de Jiménez con Pound, queda constancia en estos versos del Canto XC:

“De fondo” said Juan Ramon  
like a mermaid, upward,  
but the Light perpendicular, upward  
and to Castalia...

Y todo eso, mientras Jiménez perseguía encarnizadamente la conquista de una interioridad absoluta, la comunión con el dios deseado y deseante de su poesía de siempre, poesía en constante mutación y embarcada en un tenaz empeño de perfeccionamiento, esfuerzo siempre coloreado por la mundanidad de una fatal imperfección, estímulo y veneno de su clasicismo.

Hay en Juan Ramón características de poeta total, de poeta cósmico. Al mismo tiempo, es un maestro, es decir: un hombre en incesante experiencia de dar ejemplo a los demás, con su palabras y con su quehacer, dos venenos de fidelidad exigente. Alfonso Reyes lo vio muy bien; decía Reyes del andaluz, en su *Tertulia de Madrid*, como encerrando en dos notas exactas el perfil del hacedor ejemplar: “hombre severo, superior, grave maestro estético”, y añade este rasgo específicamente poético: “fiero encabritador del verso”, observación mal avenida con la cristalina hechura, por ejemplo, de poemas como los *Sonetos espirituales* de la década de los años diez. Palabras justas las de Alfonso Reyes, plenas de reconocimiento y de discernimiento; de homenaje y de saludo a la primacía de Jiménez en la poesía y en el magisterio poético.

La poesía pura o “poesía desnuda” de raigambre mallarmeana, divisa y razón de ser de los versos juanramonianos, se tendió entre la orilla latinoamericana, germinal, del modernismo, y la empresa épica de los Cantos poundianos. Juan Ramón Jiménez es un lazo cardinal en ese rizoma histórico-poético. Impongo un poco, estoy convencido, sus diferencias con Darío y las divergencias

de estilo y de perspectiva entre Jiménez y Ezra Pound: lo importante son los hechos, como fulguraciones, de esa cartografía de la mente poética moderna y de sus amanuenses.

Es tan innegable y significativa la camaradería poética del joven andaluz Jiménez con el maestro Rubén Darío, como la amistad de los viejos poetas, Juan Ramón y el Viejo Ez, el exiliado y el cautivo: uno, el español del universo-mundo; otro, el norteamericano rabiosamente europeizante. En el número juanramoniano de *Rosa cúbica* ya mencionado es posible leer algunas de esas cartas, algunas escritas por Zenobia Camprubí o por Dorothy Shakespear, las esposas de los poetas.

Formas de la fecundidad en el diálogo de la poesía moderna: los cauces de la conversación son los poemas mismos y las ideas, ideas *poéticas*, contenidos en ellos. Las ideas críticas de una liberación poética se expresan en la extraordinaria aventura de Darío; Borges lo llamó, en su vejez de poeta argentino, luego de varias décadas de desacuerdos e irritaciones, “el Libertador”. El vanguardismo fue otra liberación; lo fue en las principales lenguas europeas en la segunda y la tercera décadas del siglo XX, con el influyente movimiento imaginista en el centro del vórtice poético, sobre todo, pero no exclusivamente, de la cultura de lengua inglesa. Ese vórtice y sus ondas expansivas se extendieron hasta el día posterior al final de la Segunda Guerra Mundial, desde la jaula de un campo de prisioneros de guerra vecino a Pisa; luego viajaron en diversas formas y cauces, siguen viajando, por el cuerpo vivo y activo de esa poesía. Y Juan Ramón está presente, maestro y creador, en toda la extensión de ese horizonte.

Hay muchas figuras problemáticas en el paisaje vital y poético de Juan Ramón, por supuesto; no por sabido voy a callarlo, y son memorables sus desencuentros y batallas con los miembros de la generación gongorina de 1927 en España, y con otras figuras en diversos ámbitos. Una de esas figuras es, desde luego, la de Pablo Neruda, anatemizado y caricaturizado en *Españoles de tres mundos*, memorablemente, como un “gran mal poeta”, “gran poeta de la des-

organización”. Ya llegará el momento, o bien ha estado ocurriendo en décadas recientes, de una reconciliación a doble título póstumo; yo mismo quise contribuir, en una medida modesta, a ello: le dediqué a Alfonso Alegre Heitzmann un ensayo de tema nerudiano escrito durante el centenario del nacimiento del poeta chileno, en el año 2005.

\*\*\*

La presencia de Juan Ramón Jiménez en Cuba en los años treinta fue una auténtica conmoción para los poetas de la isla; remito para documentar ese hecho al número de *Rosa cúbica*: ahí puede leerse una encuesta de Ciro Bianchi Ross en la cual participan Fina García Marruz, Cintio Vitier y José Lezama Lima. De esa conmoción andaluza en Cuba queda el testimonio del coloquio sostenido con José Lezama Lima, en presencia de una cantidad grande de poetas cubanos del momento (son los años medianeros de la década de los treinta).

Dos personalidades, dos talentos diversos —pero convergentes en esa ocasión— dieron testimonio de la pasión poética entre nosotros (sí, *nosotros*: cubanos, mexicanos, argentinos, guatemaltecos, españoles); ese testimonio sigue vivo y animado, para todos los curiosos, en las páginas de un libro de ensayos genial e hirsuto: *Analecta del reloj*.

Juan Ramón solicitó incluir una nota aclaratoria antes del texto armado por Lezama Lima: no se reconocía en todas las exuberantes palabras del coloquio, atribuidas a él por el Lince de Trocadero, pero no negaba de ninguna manera su coautoría; eran demasiado ricas la ocasión y la escritura de ese coloquio para ausentarse o desaparecer de él. En esa nota está, íntegro, el carácter de Juan Ramón, y su inagotable búsqueda de perspectivas: ¿cómo iba a negarse a aparecer en ese coloquio, con su firma o con su nombre incluido en el epígrafe titular, si en verdad, en *la verdad de la poesía* y en la verdad del coloquio sobre la poesía, había estado allí, en un salón de La Habana, hablando con José Lezama Lima, insólito forjador de laberintos y de minotauros? La “pletórica pluma” de Lezama obliga a Juan Ramón a considerar una situación extraordinaria; he

aquí la nota, uno de los momentos genuinamente entrañables de la prosa ocasional de Juan Ramón Jiménez:

En las opiniones que José Lezama Lima “me obliga a escribir con su pletórica pluma”, hay ideas y palabras que reconozco como mías y otras que no. Pero lo que no reconozco mío tiene una calidad que me obliga también a no abandonarlo como ajeno. Además el diálogo está en algunos momentos fundido, no es del uno ni del otro, sino del espacio y el tiempo medios.

He preferido recoger todo lo que mi amigo me adjudica y hacerlo mío en lo posible, a procesarlo con un no firme, como es necesario hacer a veces con el supuesto escrito ajeno de otros y fáciles dialogadores.

Es un Juan Ramón como visitado por el espíritu de Nietzsche. A uno de mis viejos maestros mexicanos de poesía le gustaba citar al malhumorado filósofo alemán, el de los ditirambos dionisiacos (es decir, un filósofo-poeta), confesión extraordinaria sobre las tomas o préstamos poéticos (otros los llamarían, con lenguaje abogadil, *plagios* o *robos*): “En mi palomar hay palomas ajenas; pero cuando yo las acaricio, se estremecen”. Juan Ramón no ha pedido o tomado nada a Lezama pero ha tenido la gracia de aceptar lo dado a él en ese coloquio memorable, complemento orgánico de la obra antológica llevada cabo por el andaluz en la isla en 1936.

Los insulares, se lee en el coloquio, han de vivir “hacia adentro”; en esa vida espiritual y en su corolario expresivo, la poesía, la germinación de las imágenes y los ritmos, encontraban los dos, el cubano y el español, una razón superior, una realidad sólida e irradiante para los organismos irreales —o mejor dicho: sólo irreales para la sinrazón dominante—, esas criaturas hechas de palabras: los poemas, los poemas de siempre, los poemas anhelados y deseantes.

\*\*\*

Comento, a vuelapluma, algunas palabras

cruzadas entre José Revueltas y Juan Ramón Jiménez, a principios de los años cuarenta: el artículo de Revueltas — consiste sobre todo en una defensa de Neruda— fue publicado en marzo de 1942 y la respuesta de Juan Ramón tardó varios meses en llegar a México y publicarse en algunas revistas: fue escrita en la ciudad de Washington y fechada el 12 de julio de 1943.

Revueltas comentó con ánimo crítico algunas páginas americanas —quiero decir, de tema americano y poético— de Juan Ramón. El asunto de Revueltas es, en principio, la reprobación juanramoniana de la poesía de Pablo Neruda, difundida principalmente en el mencionado retrato de *Españoles de tres mundos*, libro del año 1942; en el fondo, hay sin embargo, en el artículo de Revueltas, una especie de desacuerdo con la postura de Jiménez ante América Latina. La respuesta de Juan Ramón está soberbiamente empapada de la misma simpatía de Revueltas en su texto. Veamos.

La poesía nerudiana es el pretexto o el punto de partida del comentario de Revueltas, titulado “América sombría”. Revueltas no quisiera ver a Juan Ramón mezclado con los españoles de “la cruz y la alabarda”, símbolos de la Conquista. Jiménez la contesta con toda energía: él no conocía América Latina y ahora la conoce mejor, y no acepta en modo alguno esa identificación con la figura del Conquistador y del desdeñoso de todo lo americano; invita a Revueltas a leer la semblanza de José Martí en *Españoles de tres mundos*, llena de amor, admiración y comprensión, y agrega: “espero que no siga usted ya uniéndome en alabarda y cruz a los conquistadores”. Luego se extiende sobre Neruda y su poesía excesiva, y acerca del indigenismo. Lo sorprendente es el tono de comedimiento y de simpatía intelectual y moral de la carta de Juan Ramón, fruto de un esfuerzo meditado de cordialidad en el diálogo. Juan Ramón escribió dos veces más páginas, además: si de algo sirviera esta ponderación cuantitativa, serviría como prueba de su interés en contestarle puntualmente al novelista Revueltas.

La despedida de la carta

juanramoniana es notable: “Quedo, buen americano, su amigo buen español, // Juan Ramón Jiménez”. Y antes había escrito: “...gracias otra vez, mexicano José Revueltas, por su honrado artículo que tanto me ha conmovido”.

Esos textos pueden leerse en el libro de Revueltas titulado *Visión del Paricutín*, publicado por Ediciones Era en 1983. Es el tomo 24 de sus obras completas.

\*\*\*

El examen atento de los *Romances de Coral Gables*, con motivo de la edición facsimilar del libro hecha por los editores de Artes de México, se complementa, en mi experiencia como lector de poesía, con la reedición del estudio de Antonio Alatorre sobre los avatares barrocos del romance, parte de cuatro ensayos magistrales de arte poética. Esta nota mía sobre ese libro de Juan Ramón quiere ser únicamente una modestísima contribución a los “avatares modernos de romance”. Aspiran a poner en una perspectiva mínimamente crítica algunas dimensiones de esos poemas del libro juanramoniano de 1948.

Los romances de Juan Ramón Jiménez son otra forma de sus afanes como gran puente, un puente lleno de fuerza y animación: un puente cuyo movimiento no asusta a quienes lo recorren o lo contemplan, y estimula, nutre, en cambio, los nomadismos, da aliento y luz a los pasos de los peregrinos. El romance moderno o intemporal, desnudo, de Juan Ramón, toma en cuenta a la historia y la trasciende, y en ese doble movimiento despliega una sombra llena de hermosos juegos de oscuridad y resplandores. ¿Quién sabe cómo y dónde se hicieron los primeros romances? Nadie, nadie lo sabe; o mejor dicho, lo saben solamente los romances mismos, cada uno de los compuestos en nuestra lengua, de la Edad Media española al siglo XXI.

Juan Ramón escribe romances con una convicción profunda. Esto le escribe a José Revueltas en aquel cruce de cartas de los años cuarenta:

A mí no me gusta, hace ya veinticinco años, lo italiano ni lo francés en la poesía española; y en cuanto a la forma, vengo escribiendo sólo, desde entonces, el romance octosílabo, la canción polimorfa y el verso desnudo, que es universal. Si a veces me sale algo en silva, soneto, cuarteta, etcétera, es al margen [debería leerse “al marjen”, con la ortografía de Juan Ramón] de las fechas anteriores de mi voz.

Esto fue escrito en el año 1943. Veinticinco años antes era el de 1918, a los treinta y siete de edad de Juan Ramón, y poco tiempo después de los transparentes *Sonetos espirituales*. En 1943, faltaban algunos años, todavía, para las grandes calas espirituales en el mundo y en el propio ser: *Animal de fondo*, *Dios deseado y deseante*, y la irradiación proteica, multiforme, en prosa fronteriza, de *Espaciata* llena de misterios en el proceso de composición. Es una vida poética extraordinaria, de amplios y variados registros y de una fidelidad a toda prueba a las convicciones propias.

El aliento del romance, su andadura rítmica, los enlaces de las rimas asonantes en los versos pares constituían un módulo compositivo ideal para la personalidad de Jiménez; diré más: para su espiritualidad. No es la marca histórica de los romances el foco principal de su interés; sino la identificación medular de esos versos con el idioma en su totalidad planetaria y en su expresión de mayor libertad y soltura, sin perder un diamantino sentido del rigor. Esas estructuras fluidas son el motivo múltiple del apego de Juan Ramón al romance y de su amor por esa forma plenamente española.

Sería posible trazar el camino del romance moderno, desde su encarnación barroca en el último tramo del siglo XVI (dos jóvenes de genio: Luis de Góngora y Lope de Vega, son sus creadores), hasta los poemas de Federico García Lorca y el abundante romancero de la Guerra Civil Española.

En ese marco tan amplio, de cuatro siglos y medio, los *Romances de Coral Gables* de Juan Ramón Jiménez forman la vertiente noble del romance puro, de minuciosa